

## Julián Marías el americano

*Antonio Lago Carballo*

Si Ortega confesó al humanista mexicano Alfonso Reyes que le agradaría ser apodado Ortega el Americano, al igual que la historia antigua denomina a Escipión el Africano, con más títulos merecería Julián Marías recabar para sí el título de Americano.

El filósofo, el escritor –como él prefería definir– fallecido el 9 de diciembre del pasado año, tan pronto como en 1951 hizo su primer viaje a tierras australes. Lo inició en Lima y lo continuó en otro lugar clave: el Cuzco, allí donde se fundieron las dos culturas madres del Perú. Desde entonces fueron muchas las veces que cruzó el Atlántico. Desde México a la Argentina conoció la mayor parte de los países de aquella región.

Su curiosidad de viajero culto y apasionado le permitió llevar a cabo esclarecedores análisis tanto del pasado de aquellos pueblos como de su realidad presente. Otro extraordinario viajero, el poeta y profesor Pedro Salinas, en su libro *Defensa de la carta misma y de la correspondencia epistolar*, esbozó una teoría del turista que bien podría aplicarse al viajero, en general. Tres grados, de menos a más, encontraba Salinas en el turismo: «El primero, y elemental, es ver. La mayoría de los turistas ven, nada más. Ven lo que les enseñan, sin voluntad porque se lo ponen delante, sin escoger ni diferenciar. El segundo grado es mirar: ya en mirar hay elección, y más actividad; se mira lo que uno prefiere e implica cierta personalidad e iniciativa. El turista decente ve todo, pero escoge y sólo mira a ciertas cosas. Y se llega al tercer grado: contemplar. Eso es lo supremo: una vez escogido lo que nos llama más la atención al corazón, se lo contempla, es decir, se fija la vista en ello, se pone en la vista la voluntad de penetrarlo con el alma, y así va uno apoderándose de ello».

En esta tercera clase se situó Marías. Contempló paisajes, ciudades, se interesó por las gentes que las habitan y, además, conoció y leyó a los escritores y a los historiadores que interpretan la peripección de sus pueblos. Y a todo ello añadió su propia reflexión sobre la realidad de los países visitados.

En ocasiones una intuición suya daba la clave para la interpretación de grandes hechos históricos. Por ejemplo, cuando explicó las dos concepciones que a su juicio diferenciaron la formación de la América del Norte y la de la América hispánica, tema que trató en diversos escritos pero que formuló con claridad en uno de sus libros menos divulgados: *La Corona y la Comunidad Hispánica de Naciones* (Madrid, 1992). La primera de las formas de acción europea sobre América «se puede expresar perfectamente con dos palabras tomadas de la botánica y que metafóricamente se pueden aplicar a la realidad social e histórica.» En los territorios americanos del Norte donde se establecieron holandeses, ingleses, franceses, «se trató simplemente de un *trasplante*: sociedades europeas se trasladaron a otro continente, se establecieron en suelo americano, fundaron sociedades también europeas, que sólo tenían que ver con América el hecho de vivir en ella».

«Antes de que esto sucediera, los españoles, luego los portugueses, llegaron a suelo americano, encontraron pueblos indígenas de los que no se aislaron, se mezclaron con ellos, convivieron, unas veces con lucha, otras en paz, establecieron sociedades no exclusivamente europeas, en constante relación con las poblaciones americanas, a las cuales modificaron y transformaron. Esto es un *injerto*, la introducción en una planta de un elemento vivo y fecundo de otra, de manera que la que lo recibe incorpore nuevos elementos y dé frutos distintos, se espera que mejores. Las sociedades del Nuevo Mundo descubierto por españoles no eran españolas sino *hispanizadas*; sus habitantes eran indios, mestizos y españoles; después, africanos llevados allí como esclavos, y pronto también mulatos y todas las innumerables formas de mestizaje».

Y concluía Marías, con la vista puesta en nuestro tiempo: «Esta diferencia entre lo que hoy son los Estados Unidos y el Canadá frente a la América Hispánica, desde México hasta el Cabo de Hornos, es la clave principal de lo que son en el presente los dos grupos de países».

En 1983 publicó en Buenos Aires un libro en el que recogía una amplia selección de sus artículos acerca de las reflexiones, impresiones y juicios suscitados por sus visitas a distintos países ultramarinos. Años más tarde, en 1988 apareció en Alianza Editorial, con el título *Hispanoamérica*, una nueva edición ampliada a la que incorporó artículos publicados desde la edición anterior. Se trata de cuatrocientas cuarenta páginas de muy rico y variado contenido que dan testimonio del interés, mejor aun de la preocupación, que el tema de nuestra Amé-

rica levantó en el intelectual ejemplar que fue el maestro recién desaparecido. Su sensible atención se fijó tanto en la peripecia política de la Argentina –país que visitó por primera vez en 1952 y al que volvió con asiduidad y complacencia–, como en la peculiaridad de Puerto Rico, «esa isla pequeña por fuera y grande por dentro» en su ingeniosa definición.

La atenta y crítica mirada de Julián Marías lo mismo analizó y comentó los libros del brasileño Gilberto Freyre que los de los argentinos Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, Jaime Perriau y Carmen Gándara, o del mexicano Agustín Yañez. Afortunadamente Marías ha reseñado con minuciosa precisión en los tres volúmenes de *Una vida presente. Memorias*, sus relaciones de amistad y conocimiento con escritores y colegas conocidos, y de modo especial con los discípulos y seguidores de Ortega y Gasset, con ocasión de sus viajes por tierras americanas.

La visión americana de Marías es ancha y comprensiva. En las páginas de su libro *Hispanoamérica* hay expresivos testimonios de su percepción de problemas y hechos que ponen gravedad creciente en la vida de aquellos pueblos. Vaya como significativo ejemplo esta reflexión: «¿Es desdeñable la posibilidad de tener en reserva una forma humana más, lo *amerindio*, como respuesta nueva al problema que es siempre el hombre? Para mí no cabe duda de que una de las grandes empresas de Hispanoamérica, si no la mayor, es la plena incorporación de sus porciones indias al nivel de lo que en la segunda mitad del siglo XX se entiende por *humano*, y por tanto a la existencia histórica. Mientras eso no se haga, no sólo pesará una tremenda culpa –aquí se trata de culpa– sobre esas sociedades, sino que será imposible que empiecen a navegar por el mar abierto».

Cuando son leídas esas palabras un cuarto de siglo después de haber sido escritas, y se contempla la creciente presencia económica y política de las minorías indígenas y mestizas, que en algunos países –Bolivia, Guatemala, Ecuador...– son mayoría, lo que supone la urgente necesidad de promover la integración social y cultural de esas poblaciones, no se puede por menos que reconocer y admirar la agudeza y espíritu de anticipación que caracterizaron a Julián Marías.

De cuantas ideas ofreció en torno a la relación de España con Hispanoamérica, una, expresada en 1953, sobresale: «España tiene que desempeñar una función delicada y esencial respecto de la América española: tiene que ser su *plaza mayor*». ¿Qué quería decir con esto?

Pues que una plaza es un centro de convivencia donde se compra y se vende, se admira, envidia y dialoga. En esa plaza mayor «se celebraría el permanente certamen de los pueblos jóvenes, que encontrarían una mayor densidad, crítica y normas»; por su parte, los españoles, tendríamos que librarnos de toda superioridad y evitar la frivolidad y el paternalismo. La plaza mayor «es el escenario de la presencia mutua. Los españoles fueron llenando a América, desde muy pronto de “plazas mayores”, a semejanza de las castellanas, extremeñas, andaluzas, que habían dejado atrás».

Y pocas líneas después concluía Marías: «Esa función delicada obligaría a los españoles a trascender de todo lo casero y articularse con otros horizontes. Es decir, si España fuese la plaza mayor de la América española, las dos serían más».

Con motivo de su fallecimiento, se ha encomiado en la obra extensa e intensa de Julián Marías cuanto ha supuesto de valor auténtico su aportación a la filosofía, a la interpretación de la historia de España, a la reflexiva indagación acerca de las realidades de nuestro tiempo. No quedaría completo el retrato del intelectual Julián Marías si no se tuviese presente su dedicación a las cuestiones iberoamericanas. Su actitud, seria y constante, al respecto es reflejo de una vida personal «a la cual *le ha pasado* la América hispánica; que, en una de sus dimensiones, ha consistido en el descubrimiento y asimilación de una parte esencial de su realidad», como Marías ha escrito de sí mismo. En una conferencia pronunciada en Buenos Aires en junio de 1971, bajo el título de *Treinta años de vida intelectual en un mundo problemático*, proclamaba: «Yo intenté deliberadamente (...) hacer mía América. Desde muy pronto tuve conciencia de la pertenencia a esa realidad supranacional que es el mundo de la lengua española. Y en ese sentido me vi obligado a sentirme yo en alguna medida americano; en la dimensión y en la medida en que tiene que serlo un español, que por eso pertenece a ese vasto mundo que me gusta llamar con una vieja expresión muy usada en el siglo XVIII: *las Españas*, de las cuales la mía particular es sólo una, una de tantas.»

En esta hora de duelo y esperanza por la muerte de este español esencial que fue Julián Marías, bien merece recordar y meditar las muchas páginas por él escritas y que tuvieron por tema el mundo hispánico.